

Louise Erdrich

Filtro de amor

Traducciones del inglés de
Carlos Peralta
y Susana de la Higuera Glynne-Jones

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Los pescadores más grandes del mundo (1981)

1

La víspera del Domingo de Pascua, June Kashpaw caminaba por la atestada calle mayor de Willinston, la ciudad del «boom» del petróleo de Dakota del Norte, matando el tiempo antes de que llegara el autobús del mediodía que la llevaría a su casa. Era una mujer chippewa de largas piernas, que había envejecido mal en todo excepto en la forma de andar. Probablemente fue ese andar, ágil como el de una muchacha de piernas duras y delgadas, lo que atrajo la atención del hombre que la llamó golpeando la ventana del Rigger Bar. El rostro de él le pareció familiar, como tantos otros rostros. Había visto muchos que iban y venían. Él gesticuló con el brazo, invitándola a entrar, y ella lo hizo sin titubear, pensando sencillamente que podría beber una o dos cervezas con él y luego llevar sus maletas al autobús. Por lo menos quería ver si verdaderamente lo conocía. A través del cristal empañado podía ver que no era viejo y que tenía el pecho bien abrigado con nylon rojo oscuro y costoso plumón.

En el bar había cajas de huevos coloreados, brillando cada uno como una joya en su envoltura de celo-

fán. Cuando ella entró, él descascarillaba uno celeste, como el de un tordo, que sostenía en la palma mientras le quitaba la cáscara con el pulgar. Aunque el cielo estaba cubierto, la nieve reflejaba tanta luz que por un instante no vio nada en el interior. Era como andar bajo el agua. Se dirigía solamente hacia ese huevo azul en la mano blanca, un faro en el aire oscuro.

Él le pidió una cerveza, una Blue Ribbon, y dijo que merecía un premio por ser lo mejor que había visto en varios días. Le peló un huevo, uno rosado, y dijo que hacía juego con el jersey de ella. Ella respondió que no era un jersey. Era un chaleco. Él, mientras sonreía al camarero, le dijo que si quería también podía pelarla a ella y le ofreció el huevo.

June tenía la mano más fría que el huevo, de modo que tras sostenerlo un minuto entre sus dedos ya no le pareció tibio y gomoso. Mientras lo comía descubrió qué hambrienta estaba. Había gastado en el billete el resto del dinero que le había dado el hombre anterior a ése. No sabía exactamente cuándo había comido por última vez. El hombre, impresionado, apenas terminó el primero le peló otro. Ella comió el huevo. Luego otro huevo. El camarero la miraba. Ella se encogió de hombros y sacó un largo cigarrillo mentolado de una cigarrera de plástico blanca con sus iniciales en letras doradas. Aspiró el humo y luego se inclinó hacia su acompañante por encima de las cáscaras rotas.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Dónde es la fiesta?

Tenía el pelo cuidadosamente peinado con laca para el viaje, y los ojos, en sus cuencas de sombra azul marino, bien despiertos. Se estaba decidiendo.

—No tengo mucho tiempo antes de que salga mi autobús... —dijo.

–Olvida el autobús –el hombre se puso de pie y la tomó del brazo–. Vamos a divertirnos. ¿Me oyes? ¿Por qué no? ¡Lo pasaremos bien!

Ella no pudo dejar de advertir, cuando él pagó, que tenía un buen fajo de dinero con una banda de goma roja como las que mantienen unidos los plátanos en los supermercados. Ese fajo ayudaba. Pero había algo más importante: tenía un presentimiento. Los huevos traían suerte. Y él tenía un aire reposado y benévolo que parecía diferente. Quizá fuera un hombre diferente. El billete de autobús serviría más adelante, tal vez para siempre. Y no la esperaban en la reserva. Ni siquiera tenía allí un hombre, excepto aquel de quien se había divorciado. Gordie. Si algún día estaba desesperada, él le enviaría dinero. De modo que fue a otro bar con el hombre de la chaqueta rojo oscuro. En su furgoneta Silverado. Era un técnico en suelos. Andy. Ella no le dijo que había conocido antes a otros técnicos en suelos, ni que había oído hablar de uno a quien había matado una manguera de presión. La manguera se había disparado contra su estómago, desde abajo.

La idea de esa muerte, aunque apenas había conocido al hombre, siempre le hacía un nudo de angustia en la garganta. Era esa manguera, pensaba, lo terrible era la idea de esa manguera que atacaba como una cosa viva, desenroscándose bruscamente desde su oculto nido. Con un solo resoplido le había destrozado las entrañas. Y eso también le daba dolor de garganta, aunque había oído hablar de cosas peores. Ese momento, ese momento único en que uno comprende que está completamente vacío. El técnico debía de haber sentido eso mismo. A veces, cuando estaba a solas en su habitación, en la oscuridad, ella pensaba que sabía cómo era.

Más tarde, mientras anochecía, en un bar bullicioso, ella cerró los ojos un instante entre el humo y vio esa manguera que brotaba de pronto a través de la tierra negra con su aliento mortal.

–Ahhhh –dijo, sorprendida, casi dolorida–, debe ser así, ¿verdad?

–¿Que debo ser cómo, cielo? –le dijo, ciñéndole con más fuerza los delicados hombros. Estaban sentados en un reservado, bebiendo Angel Wings. La boca de June, con la pintura de labios borroneada, se acercó vacilante a la de él.

–Diferente –suspiró ella.

Y todavía más tarde se sintió frágil. Mientras iba al lavabo tenía miedo de golpear contra cualquier cosa porque sentía la piel dura y quebradiza y sabía que, en aquel estado, podía caer a pedazos al más leve roce. Se encerró en el lavabo y recordó la mano del hombre mientras arrancaba con el pulgar la quebradiza cáscara azul. Le picaba la ropa. El chaleco rosado estaba húmedo de transpiración y enrollado debajo de los brazos, pero no podía quitarse la chaqueta, la de vinilo blanco que le había regalado su hijo King, porque el chaleco estaba desgarrado en el estómago. Pero mientras estaba allí ocurrió algo. Bruscamente le pareció que, sin ayuda de nadie, se deslizaba fuera de sus ropas y de su piel. Sentada, se inclinó hacia delante y apoyó la frente sobre el portarrollos metálico. Sentía que su cuerpo estaba limpio y desnudo; sólo la piel era seca y vieja. Incluso si él no era diferente, ella pasaría por esto una vez más.

Se le cayó el bolso de la mano y se derramó el conte-

nido. El picaporte de la puerta rodó por el suelo. Tenía que llevar ese picaporte consigo cada vez que salía de su habitación. No había otra forma de cerrar la puerta. Recogió el picaporte y lo sostuvo por la varilla de metal. El puño era de porcelana blanca y lisa. Dura como la piedra. Lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y, sin soltarlo, avanzó entre la muchedumbre que la miraba hacia el reservado. Tenía su habitación cerrada. Y ahora estaba preparada para él.

Sintió alivio cuando finalmente se detuvieron en una carretera secundaria, lejos de la ciudad. Incluso en la oscuridad, una vez que él apagó los faros, la nieve reflejaba suficiente luz para que se pudiera ver. Ella dejó que él tratara de quitarle la ropa, pero lo hacía con tal torpeza que tuvo que ayudarlo. Se subió con cuidado el chaleco, ocultando siempre la rotura, y arqueó la espalda para que él pudiera bajarle el pantalón. Era de una tela elástica que lanzaba chispas eléctricas azules mientras él lo arrollaba alrededor de los tobillos. Golpeó el control de la calefacción. Ella sintió que de la rejilla, junto a su hombro, brotaba el calor y tuvo la sensación momentánea y voluptuosa de estar extendida ante una gran boca abierta. El aire caliente pasó por su cuello y le endureció los pezones. Luego la chaqueta de él se apretó contra ella, tan suave y mullida como una enorme lengua. No podía asirse a nada. Y sintió que resbalaba por el terso asiento de plástico hasta que la coronilla de su cabeza quedó apretada contra la portezuela del conductor.

—Oh, Dios —gemía él—. Oh, Dios, madre santa, qué bien.

No estaba haciendo nada, sólo movía las caderas encima de ella, y por fin dejó caer pesadamente la cabeza.

—Eh —dijo ella, sacudiéndolo—. ¿Andy?

Lo sacudió con más fuerza. Él no se movió ni se modificó el ritmo de su profunda respiración. Ella comprendió que no había forma de despertarlo, de modo que se quedó inmóvil bajo su peso. No se movió hasta que se sintió nuevamente frágil. La piel le parecía tensa y extraña. Y luego pensó que si se quedaba así un segundo más se quebraría todo a lo largo, y no en dos partes sino en añicos que él aplastaría al moverse en sueños. Trató de liberarse. Pasó un brazo por encima de su cabeza, enganchó el picaporte y tiró lentamente hacia abajo. La puerta se abrió repentinamente.

June estaba tan apretada que apenas cedió la cerradura cayó afuera. Al frío. Fue una conmoción, como nacer. Pero de algún modo aterrizó con los pantalones medio puestos, como si se los hubiera subido en mitad de la caída, y luego velozmente se ajustó el sostén, estiró el chaleco y buscó algo en la furgoneta. Encontró de inmediato la chaqueta y el bolso. En ese momento no estaba claro si estaba más ebria o más sobria que nunca en su vida. Dejó la puerta abierta. La calefacción, automáticamente regulada, lanzó un gran bostezo que ella oyó, o creyó oír, durante casi un kilómetro. Luego no oyó otra cosa que el crujido del hielo bajo sus botas. La nieve brillaba y reflejaba la luz de las estrellas. June se concentró en sus pies, en que siguieran estrictamente los surcos de las ruedas sobre el camino.

Caminó lo suficiente para ver el brillo anaranjado oscuro, el dosel de nubes bajas e iluminadas sobre Williston, cuando decidió ir a pie a su casa en lugar de volver

a la ciudad. El viento era húmedo y suave. Es el *chinook*¹, se dijo. Salió del camino hacia la derecha, subió la pendiente helada de la cerca y empezó a elegir su camino en campo abierto, a través de las matas de hierba muerta y la costra de hielo. Llevaba botas ligeras. Por eso pisaba con cuidado el suelo seco cuando podía y evitaba la nieve sucia y blanda. Era exactamente como volver de un baile rural o de la casa de un amigo a la cocina abrigada y con olor a hombre del tío Eli. Cruzaba el campo sacudiendo el bolso y pisando cuidadosamente para mantener secos los pies.

Ni siquiera cuando empezó a nevar perdió su sentido de la orientación. Se le entumecieron los pies, pero no le preocupaba la distancia. El fuerte viento no podía apartarla de su camino. Y cuando el corazón se le apretó como un puño y el frío volvió su piel quebradiza tampoco le importó, porque la parte pura y desnuda de ella siguió adelante.

Esa Pascua la nieve llegó a la mayor altura de los últimos cuarenta años, pero June caminó por ella como si fuera por encima del agua y llegó a su hogar.

2. Albertine Johnson

Después de esa falsa primavera, cuando la tormenta se abatió sobre todo el estado, la nieve se fundió y llegó el verano. Casi hacía calor una semana después de Pascua, cuando supe, por la carta de Mamá, que June se había ido; que no sólo estaba muerta sino sepultada, evaporada de la tierra como la súbita nieve.

¹ En Estados Unidos, viento húmedo del sudeste. (*N. del T.*)

Lejos de casa, viviendo en el sótano de una mujer blanca, esa carta me hizo sentir también sepultada. Abrí el sobre y leí las palabras. Estaba ante mi mesa cubierta de linóleo, con mi libro de texto abierto en el capítulo «Abuso del paciente». Ese título se podía interpretar de dos maneras. Una era obvia para una estudiante de enfermería. Otra era obvia para una Kashpaw. Entre mi madre y yo el abuso era lento y tedioso; vivía en la sangre como la hepatitis y requería largos períodos de inactividad. Cuando estallaba casi era un alivio.

«Sabíamos que probablemente no podrías abandonar tus estudios para asistir al funeral», decía la carta, «y por eso no quisimos molestarte».

Siempre usaba el *nosotros* de los reyes, para multiplicar la invisible censura de sus palabras.

Dejé la carta en la mesa y miré al frente, como se hace cuando se sufre algo malo y no se puede hacer nada. Al principio estaba tan enfadada porque Mamá no me hubiera llamado para el funeral que ni siquiera pude lamentar como debía la muerte de tía June. Y un poco más tarde advertí a dónde estaba mirando –por la ventana al nivel del suelo– y pensé en ella.

Pensé en June, sentada, tensa, en la cocina de Abuela, empujando una brasa con el zapato puntiagudo que movía de atrás hacia delante. O abriendo el bolso para comprarnos helados a los niños. Pensé en ella peinando el pelo que me llegaba hasta más abajo de la cintura, y diciendo que tenía pelo de princesa. ¡Pelo de princesa! Por eso no volví a hacerme trenzas desde que dijo eso, hasta que se enredó de tal modo que Mamá le cortó preciosos centímetros.

Mi tío abuelo Eli, el solterón de la familia, había

criado a June. La llevó a vivir con él cuando murió la hermana de Abuela y ese perdido de Morrissey, el padre de June, se marchó a festejarlo a Las Ciudades². Apenas creció y miró a su alrededor, June se decidió por mi tío Gordie Kashpaw y se casó con él, aunque tuvieron que huir para hacerlo. Eran primos, pero casi como hermano y hermana. Abuela no los dejó volver a casa durante un año, hasta tal punto estaba enfadada. Como se comprobó, fue un matrimonio con altibajos. Ambos eran muy parecidos y les gustaba divertirse. Y además June no tenía paciencia con los niños. No era una madre excepcional; todo el mundo lo decía en la familia, incluso el tío Eli, quien quería a su pequeña con locura.

Aunque no fuera la madre ideal, era muy bueno tenerla como tía; era de esas tías que echan a perder a los niños. Siempre tenía en el bolsillo de la chaqueta un paquete extra de pastillas de menta. El cuello de June siempre olía bien. Me hablaba como a las personas mayores y jamás me ordenó que fuese a jugar afuera cuando yo quería participar en alguna conversación. Había sido muy guapa. «Miss América indígena» la llamaba Abuelo. Y era guapa todavía cuando las cosas empeoraron tanto entre ella y Gordie que se marchó sola, «como buena Morrissey que era», decía la gente, abandonando a su hijo King. Siempre había planeado que primero se establecería en alguna parte y luego llamaría al chico. Pero todo lo que intentaba salía mal.

² *The Cities*, o también *Twin Cities*: Las Ciudades, a veces mencionadas en el texto como Las Ciudades Gemelas, son Minneapolis y St. Paul, en el estado de Minnesota. St Paul es la capital. (N. del T.)

Cuando estudiaba peluquería, recuerdo, corrió el rumor de que había quemado deliberadamente el pelo de una clienta fastidiosa con productos químicos, poniéndoselo verde y erizado. Cuando era secretaria, las otras chicas no la querían. Iba a trabajar ebria a las tiendas de diez centavos, y ante la primera broma dudosa se escapaba de restaurantes donde había trabajado de camarera durante una semana. A veces volvía al lado de Gordie y resucitaba por un tiempo su matrimonio. Luego se marchaba de nuevo. Con el paso del tiempo se fue convirtiendo en una mujer de uñas largas y descuidadas y pelo mal cortado, que encorvaba la espalda cuando creía que nadie la miraba. Tenía la ropa llena de alfileres y lágrimas escondidas. Yo pensaba que había hecho su última tentativa en Williston, una ciudad llena de granujas del negocio del petróleo, ricos y solteros.

Estos arribistas del boom petrolero son tipos que yo conozco bien. Recorren el estado en grandes furgonetas cargadas de opciones de explotación de pozos. Yo sé, porque he trabajado a su lado, que para ellos una mujer india sólo significa una noche fácil. Sentada ante mi mesa, vi con toda claridad qué cerca del límite podía haber llevado a June esa forma de vida. ¿Pero qué sabía de lo que realmente había ocurrido?

La vi reír en un bar, con su franqueza y decisión de siempre, el bolso aferrado y sus piernas perfectamente cruzadas.

«Probablemente había bebido demasiado», escribía Mamá. Naturalmente, ella no pensaba bien de June. «Y estaba demasiado ebria para ver que se acercaba una tormenta.»

Pero June había nacido en la llanura. Incluso borracha perdida hubiera sabido que venía la tormenta. Lo

habría sabido por la pesadez del aire, por el olor de las nubes. Habría sentido en los huesos un peculiar decaimiento animal.

Sentada ante mi mesa, pensaba en June. De vez en cuando oía la aspiradora de mi patrona en el piso de arriba. No había gran cosa que ver por la ventana: tierra y nieve sucia y ruedas en la calle. Hacía calor pero la hierba estaba marchita, excepto en las franjas verdes que había sobre los tubos de vapor subterráneos del campus. Ese día hice una cosa. Me puse el abrigo y salí a caminar hasta que llegué a una extensión abierta del parque de la universidad con una de esas franjas de hierba sobre las tuberías de vapor, verde y tan brillante que hacía doler los ojos, e incluso algunos dientes de león. Me acosté sobre la hierba y pensé en tía June hasta que sentí su muerte como debía.

Estaba tan enfadada con mi madre, Zelda, que no escribí ni llamé durante casi dos meses. En lugar de haberme traído al mundo debía haber subido por la colina de las monjas hasta el convento, si era eso lo que deseaba. Pero se había casado con el sueco Johnson, que no pertenecía a la reserva, y yo había nacido prematura. Pero él, al menos, había tenido la bondad de marcharse sin permiso del campamento del Ejército y de no volver a aparecer. Yo sólo había visto fotos de él: era rubio y desteñido y parecía predestinado a asombrarse tanto de la furia de Mamá como de su pasión por los uniformes. Y era realmente yo quien había impedido que Mamá cumpliera su plan de mantenerse pura. La había obligado a trabajar por dinero, a llevar libros de contabilidad, en lugar de cumplir tareas que habrían atraído